

## LA CORRESPONDENCIA ENTRE PIETRO ARETINO Y CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

*Rogelio Reyes Cano*

Uno de los fenómenos socioliterarios más sintomáticos de la Italia renacentista fue la extraordinaria fortuna editorial de las famosas *Lettere* de Pietro Aretino. Se reveló siempre el escritor de Arezzo como un impenitente redactor de cartas, dirigidas a las más diversas personalidades de su tiempo. Si aún inéditas muchas de ellas circularon de mano en mano y fueron ansiosamente solicitadas por los contemporáneos, la publicación del primer volumen en 1537, todavía en vida del autor, supuso un éxito desusado para ese tipo de escritos, con diez ediciones en poco más de un año. Entre esa fecha y 1557 vieron la luz los seis volúmenes que recogen la magna obra epistolar de un hombre que, por encima de sus obras satíricas o de contenido religioso, se convirtió él mismo, a través de sus cartas, en centro de atención para los italianos, y aun para muchos europeos, de la época. Conviene atender a estos datos editoriales para hacernos una idea de lo atractivo de su personalidad, magníficamente dotada para la crítica y la burla, y de su capacidad para proyectarla por uno de los géneros centrales del siglo, la epístola, expresión, al lado del diálogo, de la idoneidad de la sociedad renacentista para la comunicación distendida y civil. Aretino fue, en efecto, el gran descubridor de las posibilidades del género más allá de los ámbitos estrictamente eruditos e intelectuales. Popularizó las cartas aun antes de darlas a la imprenta, las hizo conocer a sus amigos a la par que a sus destinatarios y logró despertar con ellas expectativas y curiosidades poco comunes. Las razones de semejante éxito hay que buscarlas en la particularidad de esas cartas suyas, alejadas de la orientación moral, reflexiva o didascálica propias del género y convertidas en una suerte de crónica miscelánea llena de interés noticioso, de picante deslenguamiento y de sabor, protagonizada por grandes y pequeñas personalidades de su tiempo. Mucho tiene esto que ver con esa condición de periodista *avant-la-lettre* que con toda razón la crítica ha otorgado al Aretino, quien con sus *Lettere* se anticipó, en efecto, al relato periodístico moderno en lo que éste tiene de reflejo de la actualidad y

de ligereza expresiva y deliberadamente antirretórica. Con la particularidad de que, frente al quehacer del reportero moderno, su «periodismo» epistolar se nutre en buena medida de su propia experiencia personal, deriva de un protagonismo autobiográfico innegable, pues, sin haber tenido nunca altas responsabilidades de gobierno ni poseer una formación académica reconocida, Aretino estuvo, sin embargo, en el centro de la vida política y cultural de la Italia renacentista. Por sus cartas desfilan papas, emperadores, reyes, príncipes y *condottieri*, escritores y artistas, comerciantes y hombres de negocios... todo el espectro de la sociedad del Renacimiento en una Italia sumamente agitada, sometida al permanente vaivén político dictado por Francia y España, las dos grandes potencias que por entonces la enseñorean.

Uno de estos personajes que pueblan sus *Lettere* es el poeta español Cristóbal de Castillejo, cuyas concomitancias con el Aretino he apuntado en anteriores trabajos<sup>1</sup> a cuenta de sus comunes preferencias sobre determinados géneros (el diálogo), temas (anticortesanismo, misoginia...), su defensa de la llaneza estilística y sobre todo su peculiar antipetrarquismo, que en mi opinión no puede desligarse, en el caso de Castillejo, de esa concepción antiacadémica y antiliteraria de la poesía (la defensa de la *natura* sobre el *arte*, del *vero* sobre la *doctrina*) que el Aretino y otros varios autores (Doni, Berni, Grazzini...) venían propugnando en Italia en medio del triunfalismo petrarquista y en clara oposición al mismo<sup>2</sup>. Dejando ahora de lado estas interesantes sintonías ideológicas y estéticas, me centraré en el comentario de una relación epistolar entre los dos personajes que puede, sin duda, reforzarlas.

Esta relación se enmarca en el ámbito de la política de Carlos V y de su hermano Fernando de Austria, del que Castillejo era secretario en la corte de Viena. Aretino, tan cambiante en sus simpatías políticas, dictadas, sin duda, por el interés personal, como vehemente en sus tornadizas adulaciones tanto hacia el rey Francisco I de Francia como hacia el Emperador, puso en muchas ocasiones su pluma al servicio de este último, del que, como era habitual, reclama continuamente compensaciones económicas. Esta petición de mercedes la hará también extensiva, como luego veremos, a Fernando de Austria, al que también aduló con harta frecuencia. Particularmente intensas fueron las relaciones entre Aretino y el embajador español en Venecia Diego Hurtado de Mendoza, tal como han subrayado González Palencia y Mele en su estudio sobre el escritor español<sup>3</sup>. Los

<sup>1</sup> Véanse sobre todo *Medievalismo y renacimiento en la obra poética de Cristóbal de Castillejo*, Madrid, Fundación Juan March, 1980, pp. 44-45, y «Algunas precisiones sobre el antiitalianismo de Cristóbal de Castillejo», en *De Tartessos a Cervantes*, ed. por Christian Wentzlaff-Eggebert, Böhlau Verlag Köln Wien, 1985, pp. 89-108.

<sup>2</sup> Una visión general actualizada del fenómeno del antipetrarquismo italiano y su repercusión en España, puede verse en el libro de María Pilar Manero Sorolla, *Introducción al estudio del petrarquismo en España*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1987, pp. 140-152. El tema de la crítica, sátira y parodia del petrarquismo en la literatura española viene siendo objeto de mi atención a raíz de mis estudios sobre Castillejo. En la actualidad preparo una publicación sobre el mismo.

<sup>3</sup> Véase E. Mele y J. González Palencia, *Vida y obras de Don Diego Hurtado de Mendoza*, Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1941, pp. 160-183.

elogios de Aretino a España y los españoles, en oposición a los franceses, fueron proverbiales por los años 30 y 40, en los que habla cínicamente de la «differenzia che si vede tra la ferma liberalità spagnuola e la immobile prodigialità francesa»<sup>4</sup>. Extremadas alabanzas hace también de Hurtado de Mendoza, quien, por su parte, le procuraba anticipos de la pensión de 200 ducados anuales que Carlos V le había concedido en 1536 con cargo a las rentas de Milán. Algunos de los elogios de Aretino al embajador español son fiel reflejo de su peculiar desmesura verbal y de su facilidad para la lisonja, como cuando escribe que «vi osservo e cebro più tosto come un Dio che come un uomo»<sup>5</sup>. Mendoza contribuyó asimismo a engrosar la dote de Adria, hija del Aretino. Éste último se relacionó también, aunque no de manera tan estrecha, con otros españoles de la corte de Carlos V: con el secretario Francisco de los Cobos, con Gonzalo Pérez y naturalmente con Castillejo, que aunque al servicio directo del Rey de Romanos en Viena, representaba igualmente los intereses imperiales a los que Aretino servía.

La primera referencia de la relación epistolar entre los dos escritores la encontramos en una carta escrita en español que Castillejo, en su calidad de secretario del rey Fernando, dirige desde Viena «Al magnífico señor Pedro Aretino, orador y poeta eccellentissimo» en diciembre de 1530<sup>6</sup>. Se trata de una respuesta a las muchas peticiones de ayuda que el Aretino había elevado a la corte vienesa, directamente o a través de su valedor en ella el cardenal de Trento. Aunque el poeta español no responde con concreciones crematísticas, le comunica la estima del rey y el alto concepto literario que al propio Castillejo le merece. Confiesa su dificultad para escribir en Italia para lo cual —dice— «ternía necessidad de la pluma de Aretino, y por satisfacer en algo a esta obligatió en moneda que lo valga, pensé buscar quien respondiesse por mí en lengua y eloquentia ytaliana, pero ¿cómo sepa que nadie baste a tanto, siendo muerto Iuan Bocatio y absente Pedro Bembo?».

Conviene que reparemos en estas últimas palabras. A pesar de la intención diplomática que pueda haber tras esta ponderación hecha por alguien que, además de escritor, era un alto funcionario cortesano, no podemos pasar por alto ese parangón que establece entre la escritura del Aretino y la de dos «autoridades» prosísticas italianas: una del presente, el prestigioso Pietro Bembo, y otra del pasado, Boccaccio. En un momento de exaltación petrarquista como el que Italia vivía en aquellos años, Castillejo omite el nombre del gran lírico del Trecento y elige como modelo de «lengua y elocuencia» al autor del *Decamerón*. El dato no me parece irrelevante si pensamos que podría interpretarse como una declaración por parte de Castillejo de sintonía de gustos y preferencias con Aretino, al que, al elevarlo retóricamente al nivel de tan grandes autoridades de la prosa, se le está rindiendo también explícita admiración.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 164.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 170.

<sup>6</sup> Publicada en *Lettere scritte a Pietro Aretino*, emendate per cura di Teodorico Landoni, Bologna, presso Gaetano Romagnoli, 1873, vol. I, par. I, pp. 122-123.

Cinco años después de esta carta de Castillejo a Aretino, encontramos otra escrita por éste desde Venecia<sup>7</sup>. Lo más interesante de la misma es su tono, que parece reflejar una clara relación de confianza entre ambos escritores. Aretino ruega a Castillejo que entregue directamente en mano a Fernando de Austria una carta suya y le pide abiertamente su intercesión cerca del rey en un lenguaje con-fianzado y muy gráfico, al requerirlo de este modo: «E mentre udite leggerla [la carta] dite alcuna di quelle parole che sogliono uscire di bocca d'un personaggio qual è il vostro per beneficio d'uno qual sono io». Y luego, recriminándole suavemente al Rey de Romanos el incumplimiento de sus promesas económicas: «e perchè i principi non vengano mai a capo de le promesse loro, pungete il re de i Romani due o tre volte con gli sproni de l'affezione che io so che mi portate». Esa «afezione» que Aretino reconoce en Castillejo hacia su persona es un dato más de una relación cuyo alcance real no conocemos exactamente pero que sugiere la existencia de mutuas simpatías que tal vez iban más allá de lo literario.

Entre 1537 y 1539 hay otro intercambio de cartas a cuenta del *Genesi*, libro que Aretino había dedicado a Fernando de Austria y que, después de varias peticiones, le procuró una dádiva de 200 escudos de oro procedentes de las arcas reales. En esa merced tuvieron mucho que ver dos personajes de la corte: el cardenal de Trento y el propio Castillejo. El primero de ellos llevaba años intercediendo por el escritor de Arezzo, tal como se desprende de una carta que éste le escribe en 1537, recordando una vez más promesas incumplidas por el monarca<sup>8</sup>. Una carta de Aretino a Castillejo fechada en Venecia en marzo de 1539<sup>9</sup> busca interesar a éste en el favor del rey, que había recibido el *Genesi* de manos del cardenal. Abundan en ella los elogios a nuestro poeta, del que Aretino habla como «persona nobile» que «avete posto il fine de la dilettazone in rilevare altrui». Lo exalta como virtuoso: «vi veggo alzare al cielo mentre sostenete il cadere de le virtù». En mayo de 1539 —y no en 1536, como erróneamente figura en la edición<sup>10</sup>— Castillejo le contesta que el Rey de Romanos ha aceptado el libro y ha tenido la cortesía de mandarle 200 ducados de oro. Aretino, por su parte, tras agradecer al monarca la dádiva<sup>11</sup>, escribe al poeta apreciando una vez más sus buenos oficios para lograrlo. En esa carta<sup>12</sup> ponderará su bondad, su «nobiltà di natura e gentilezza di costume» y reconocerá que es un ejemplo de «l'uffizio che un bello spirito fa per gli amici o per le degnie persone».

<sup>7</sup> La carta, fechada el 4 de junio de 1535, está publicada en Pietro Aretino, *Lettere. Il primo e il secondo libro*, a cura di Francesco Flora, con note storiche di Alessandro del Vita, Verona, Mondadori («Classici Mondadori»), 1960, Libro I, pp. 59-60.

<sup>8</sup> Publicada en el mismo volumen de las *Lettere*, libro I, pp. 110-111. En ella Bernardo Cles, cardenal y príncipe obispo de Trento, recibe las quejas que el Aretino tiene del monarca, envueltas desde luego en suavidades diplomáticas: «Se a me signore, che sono odiato e povero per dire il vero, si dee credere credetemi che il zelo che io ho de l'onore del re dei romani mi move a scrivervi e no l'avarizia del dono che sua Maestà tre anni fa mi promesse...»

<sup>9</sup> *Lettere...*, *op. cit.*, libro II, p. 535.

<sup>10</sup> Puesto que el *Genesi* se había publicado en 1538. La carta está publicada en *Lettere scritte a Pietro Aretino...*, *op. cit.*, p. 124.

<sup>11</sup> En una carta fechada en Venecia el 13 de julio de 1539 y dirigida «Al gran Ferdinando» (*Lettere*, *op. cit.*, Libro II, pp. 576-577).

<sup>12</sup> Fechada también en Venecia el 15 de julio (*Lettere*, *op. cit.*, libro II, pp. 577-578).

Hasta aquí las pocas muestras conocidas hasta el momento del carteo entre Aretino y Cristóbal de Castillejo. No sabemos si hubo más misivas, pero no hay que descartar esa posibilidad, teniendo en cuenta la escasez de documentación sobre muchos aspectos biográficos de nuestro poeta renacentista. De esta pequeña gavilla de epístolas, enmarcadas en la oficialidad del puesto cortesano de Castillejo, se desprende algo más que la formalidad diplomática y política exigida en este tipo de documentos de cancillería que eran en realidad las cartas de Estado. Por parte de Castillejo hay, como hemos podido ver, elogios literarios de Aretino que en el contexto de la época pueden ser sintomáticos de unos gustos y unas inclinaciones estéticas. Y por parte de Aretino un reconocimiento de la personalidad humana de Castillejo y unos signos de confianza que parecen revelar un trato personal y afectivo. No sabemos si ambos escritores tuvieron la ocasión de conocerse personalmente. Tal vez sí, pues Castillejo hizo algunos viajes a Italia y muy probablemente a Venecia, donde en 1544 editó su *Diálogo de mujeres*. Aretino vivió, como sabemos, en la gran ciudad véneta desde 1527 hasta su muerte en 1556. Es muy probable que después del trato epistolar iniciado entre ambos en los años 30, se produjera algún encuentro directo. Por el momento no hay pruebas concretas que lo atestigüen. Quedémonos, pues, con estas breves referencias epistolares como signos de un contacto que puede ayudarnos a entender mejor otras concomitancias en el plano de la creación literaria.

